

LA ACADEMIA.
LAS ACADEMIAS



Jorge Rodríguez Padrón



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS
2003

© Academia Canaria de la Lengua
© Jorge Rodríguez Padrón

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. L.

Dep. Legal: TF. 1.993-2003

ISBN: 84-96059-17-0

Distinguidas autoridades, señores académicos, queridos amigos:

He aceptado este nombramiento —que tanto agradezco y que me satisface mucho más— porque nada de las Islas me es ajeno, aunque las circunstancias me hayan llevado a vivir fuera de ellas. No acudiré al tópico sentimental, porque faltaría a la verdad: no soy de esos que piensan constantemente en el clima benigno que hemos dejado atrás; ni de los que creen ver el mar —a cada rato— en las llanuras de la Meseta... Pero todos ustedes saben —y debo pensar que eso también habrá influido algo, para que se me acoja en esta Institución— que mi reflexión sobre la insularidad, y sobre cómo se expresa a través de una lengua y una literatura diferenciadas, me ha ocupado y preocupado a lo largo y ancho de todo mi trabajo como escritor y como

profesor. Tanto es así que, en más de una ocasión (supongo que por errores propios), me he visto en la absurda tesitura de tener que defender mi condición de defensor de las riquísimas particularidades de nuestra literatura; cuando no he tenido que hacer frente a polémicas sobre ese asunto, poniendo en juego todas mis más bien escasas dotes dialécticas. No soy muy hablador. Siempre mantengo en mi memoria —permítaseme este recuerdo y homenaje— una máxima que repetía mi padre, con aquella sabiduría suya sin letras: “Los canarios no lo decimos, pero lo escribimos”. Una fidelidad filial que me ha hecho más bien taciturno, y en absoluto charlatán (con todos los matices que esta palabra comporta). “Estoy ante ustedes —por decirlo con palabras de Georges Bataille— como un parlanchín, dando todas las razones que tendría para callarme: también puedo decirme que tal vez tengo el derecho a callarme, posición nuevamente difícil de sostener”.

Como muchos de ustedes conocen, yo participé en alguna de aquellas reuniones iniciales que constituyen ya la protohistoria de esta Academia Canaria de la Lengua, hoy gozosa realidad gracias a la fe y al esfuerzo, además del

buen saber y entender, de todos ustedes. Pero nunca tuve entonces una idea muy clara de cómo debería ser una Institución así, ni —mucho menos— qué función podría desempeñar alguien como yo en un proyecto de tal naturaleza. Cosa que, todavía hoy, sigo pensando. Pues si deseo ser sincero conmigo mismo, no creo haber contraído mérito académico alguno que me haga acreedor a tanta generosidad y tanto honor, como ya dije se me hace. No. No es falsa modestia. Muy poco saber *académico*, y muchas menos inclinaciones en este sentido, he demostrado en mi trabajo crítico y en mi actividad docente. Por eso, debo admitir que hoy, aquí, me encuentro algo desconcertado, como fuera de sitio, y, desde luego, con un cierto temor. No quisiera que, por aceptar este nombramiento, se pensara que contribuyo a perpetuar un error que, con claridad de maestro, ha señalado el profesor Marcial Morera: que “cuando se quiere reafirmar la singularidad de un pueblo que no tiene una [lengua] exclusiva, se intenta crear artificialmente [esa lengua] elevando a la categoría [de tal] su dialecto. Esto ocurrió —explica el profesor Morera— en algunos países hispanoamericanos tras su independencia (...).

Algo parecido se observa en la España actual, donde gran parte de los partidos pseudonacionalistas —y digo pseudonacionalistas, para distinguirlos de los nacionalistas honrados que no necesitan tergiversar la verdad para justificar su existencia— aspiran a convertir su habla vernácula (...) en lengua nacional”. Fin de la cita.

Pero es que, aun siendo sólo académico honorario, sigo preguntándome qué puedo aportar yo a esta Institución que, con interés y eficiencia pariguales, todos ustedes contribuyen a mantener viva. No soy un experto en los entresijos de la Lingüística (he eludido siempre la enseñanza de la Lengua, a causa de mis pocas habilidades y de mis muchas perplejidades ante su complejidad); en cuestiones de Dialectología (ciencia que aquí debe ser de precepto), me remito siempre a los que de verdad saben del asunto; como escritor, en fin, sólo soy capaz de glosar los aciertos y atrevimientos de quienes crean lenguaje, poetas o narradores tan queridos como admirados... Pero, a mayor abundamiento: es que soy la persona menos *académica* que podrían haber encontrado. No dejo de pensar si habré hecho bien a tantos alumnos, zafándome

voluntariamente de todo programa y de cualquier legislación, para ponerlos ante los textos que leíamos, con los cuales yo pretendía hacerlos convivir; jamás quise que aprendieran demasiada *literatura*. Yo sigo recordándolos, como poco, muy desconcertados. Creo también —y lo mantengo— que apresar el saber y secuestrarlo para uso exclusivo es convertirlo en instrumento de poder. Por eso he censurado siempre el pecado mayor de instituciones académicas como la Universidad: caer en las redes de una burocracia funcional que no hace honor al espíritu que las animara en su origen. ¿O es que no nació la Universidad con la intención de ser un espacio para discutir los saberes, en vez de para ser —como ahora es— un lugar en donde se custodian con celo e interpretan de forma inflexible, para que se sepa quién manda en ellos? ¿Acaso no toma su nombre de su vocación *universal*?

Entrados ya en el siglo XXI, creo que es hora de reflexionar, de darnos cuenta hasta qué punto el demoledor aparato burocrático ha devorado el espíritu abierto y libre del saber (incluso el que se dice científico), y cómo nos lo han usurpado. No. Nada tengo de *académico*. Y me habrán de

disculpar. Porque, en ocasiones como la presente, se espera que —tras la debida tabla gratulatoria— el recipiendario se vaya por las ramas de la neutralidad, en un discurso de mero protocolo. Y yo quisiera hacer partícipes a todos ustedes de mi contribución a esa reflexión que digo, tomando precisamente a las Academias como sujeto de mi discurso. ¿Me será permitido?

Academia. Leo la primera acepción que me da el diccionario: “Sitio *ameno*, en un *arrabal* de Atenas, donde enseñaron Platón y otros filósofos”. Voy luego a la etimología: “Ese lugar toma su nombre del héroe ateniense Academos que lo cedió a la ciudad”. Así que me paro a pensar y veo que se trata de un sitio placentero, porque es un jardín agradable y porque se halla fuera del bullicio urbano; pero placentero, también, porque se convierte en un pequeño reducito de libertad: allí, los concurrentes exponen su pensamiento con la palabra, en abierto diálogo, en vivo debate. Expresión paradigmática de la primera y más cierta democracia de la historia. Allí, el conocimiento no se asume con esfuerzo, ni se impone con autoridad, será siempre una manifestación natural de la vida, un placer gratuito por gratificante (quizá por ello llegó a

entenderse peligroso). En los jardines de Academos, aquella “comunidad de libre educación” desarrollaba su actividad en contacto permanente con la matemática, con la astronomía, con las ciencias naturales.

Me detengo de nuevo y me digo que, por medio de estos saberes, el individuo establece su relación con el mundo, en tanto que medida y proporción que facilita su conocimiento. No sólo buscando ajuste en un orden numérico, maravillándose ante el milagro de la proliferación de la vida, abismándose en ese espacio, misterioso por inabarcable, que es el cosmos. E incluso más: desvelando que todo ello se mantiene sujeto a un ritmo, a una cadencia, mudanza o movimiento, que en el lenguaje se reproduce y resplandece, porque en la palabra se fija el otro término de aquella relación: por medio de la palabra, el individuo se orienta hacia el otro, hacia los otros, como miembros de una comunidad que hace a todos igualmente competentes; una relación *política*, porque en la polis se localiza, y una relación *moral*, pues en la proximidad y *proximidad* (séame dada esta licencia) de un *banquete* (contacto y comunión corporal) se realiza por fin.

Aquellos genuinos académicos de entonces eludieron siempre la totalidad abstracta del saber; lo hacían surgir de las ricas y complejas alternativas de la existencia; para ellos debía ser, ante todo, medida y proporción abarcables, acariaciables. Como en el amor, que fue su aspiración máxima. Y si el conocimiento era una forma de intercambio mutuo, según su experiencia demostraba, no se limitaron a (ni se sintieron satisfechos con) aceptar lo sabido, propusieron pregunta tras pregunta, de modo que con ellas se arriesgasen en la aventura de pensar la realidad y de pensarse en ella. Y todo, por obra y gracia del lenguaje, esa prodigiosa cualidad que nos distingue como humanos; por obra y gracia de la palabra, ese precioso objeto que nos ilumina el mundo. Pero en tanto el uno y la otra son también (y sobre todo) materia viva, aliento y acento que nos identifica. No meros instrumentos portadores de un significado, energía primordial —como la respiración— que nos empuja hasta los límites (y, a veces, un poco más) de plurales y asombrosos sentidos. Por eso aquella comunidad *hablaba*, estaba siempre en el *uso de la palabra*.

Digo hablar, con todo lo que dicha acción

comporta de libertad en la ejercitación de la lengua; y de riesgo, porque supone y exige una entrega, un compromiso, cada vez que la palabra *se da*. Y con un matiz, mucho más sugestivo, a la vez que decisivo: convivencia en la palabra que se producía también en movimiento, yendo y viniendo, ajustando el ritmo de la acción al ritmo del pensamiento, y ello requería que también la lengua creara y estableciera el suyo. Decía siempre Claudio Rodríguez que nunca daba por concluido un poema sin haberlo oído mentalmente mientras andaba, sujeto al ritmo de su paso; y no tengo yo que venir a descubrir cómo Manuel Padorno trota por sus particulares endecasílabos mientras fatiga, día a día, la orilla de Las Canteras, en Las Palmas. Andar, el ritmo requerido por la palabra; un movimiento orgánico que es experiencia existencial, porque en él se va dejando la vida, a medida que se busca afanosamente cuanto nos falta para ser, pues fragilidad y limitación nos constituyen, aunque queramos hacer como si no.

Platón y los suyos hacen avanzar el conocimiento porque, además de conservar con reverencia el saber heredado (¿de qué vale la *memoria*, si sólo somos capaces de secuestrarla para

embalsamarla?); además de eso, digo, Platón y los suyos tuvieron el atrevimiento de poner todo su saber al tablero y jugárselo, al jugarse la vida. La lengua, esa palabra viva, latente en el habla, nunca fue para ellos ni obstáculo que impidiera la libre circulación del pensamiento ni máscara tras la cual falsearlo. Como escribe Julio Cortázar, refiriéndose a las posibilidades del idioma, “si se lo trabaja, si se lo fuerza, si la angustia expresiva multiplica las tachaduras, todo aquello reposa en la conciencia casi *orgánica* de que existe un límite tras el cual se abre un territorio tabú”. Aristóteles y sus peripatéticos, también andaban mientras hablaban y pensaban; también sintieron así el aliento del saber. Pero el logos, encerrado en los pasillos y galerías del Liceo, se mostraba por sus pasos contados; y las lecciones tenían su orden. Gimnasio, a fin de cuentas; lo que quiere decir que se imponían ejercitación y disciplina. Nada extraño, pues, que la palabra acabara por organizarse en *teoría*, en método abstracto, bien para el saber físico, metafísico o poético.

Fue aquella vitalidad platónica de las palabras y las ideas lo que quisieron recuperar los humanistas del primer Renacimiento, en sus placente-

ras reuniones con las cuales dejaban en entredicho tanta escolástica precedente; fue eso lo que llevó a Cosme de Médici, en la Florencia de 1463, a fundar su Academia Platónica, siempre próxima a tanta jugosa y gozosa libertad. Pero sobre el XVI planearía la sombra de Aristóteles. Más didáctica la Academia de la Crusa, más inclinada hacia la elaboración de un canon filológico y literario, para imponer el modelo de su autoridad. Era hacia 1582. Y en ese mismo año, apenas cien después de la fundación de su ciudad, el canónigo grancanario Bartolomé Cairasco reunía, en su casa de San Francisco, la Academia del Jardín, dedicada al Apolo Delfico (dios poético y oracular), emulando aquel centro del mundo que en el santuario griego se proclamaba. Convivencia y connivencia de escritores insulares y escritores de paso por la isla, movidos los unos y los otros por la curiosidad del conocimiento, por su modernidad y universalidad.

Movidos también por el misterio de la palabra, por su libérrima interpretación, como en los oráculos del templo a Febo consagrado. Nada de teorías impostadas, entusiasmo del *canario cántico*, como propuesta fundacional que el joven Antonio de Viana quiso emular. Conversación y con-

vivio, ya dije. Recogen el saber y lo discuten, y lo centran en aquella encrucijada recién nacida de la historia y del mundo moderno que ya tenía su mirada puesta en el otro lado del Océano. Lugar ameno, además; y apartado (aunque no ajeno) de la naciente agitación burocrática y clerical de la ciudad de Las Palmas. Jardín cerrado para pocos; pero de voces y hablas diversas, de criterios también encontrados, donde se fueron determinando los perfiles de una memoria en la cual confluían las acabadas construcciones del pensamiento europeo y el balbuceo primordial y selvático de “la lengua ruda/ de un bárbaro canario (...) de estilo y retórica desnuda”, que con las primeras entra en mesurado y agudo diálogo.

Con el XVII, Francia y su rigor clásico. La Académie Française entra y centra la escena; sobre todo cuando, desde el centralismo solar de su poder, Richelieu le otorga el espaldarazo institucional (año de 1635). Autoridad, normas de obligado cumplimiento y extrema vigilancia para que lengua y literatura ajustaran sus realizaciones a los dictados del poder; para que fueran una forma de compartirlo, alejándose de la viva agitación del habla: la voz, almidonada y empolvada como chorre-ras, pelucas y puñetas. Fue cuanto enfervorizó al

frío racionalismo ilustrado; cuanto detuvo aquel ameno paseo y dio a la palabra ritmo bien diferente a la mudanza natural del paso. Y los académicos *se sentaron*; y en solemnes salones tuvieron lugar preferente y consideración de inmortales. Como si habitaran un panteón de hombres ilustres: idéntico boato al de unas exequias. Y fueron terciopelos y cortinas y doseles y techos estucados el falso paisaje ameno con el cual se solazaron. Al estrado subieron —en fin— marcando distancias insalvables entre el saber secuestrado y la vida.

Pero también en esa época de almidón, lunar y peluca; en ese tiempo de mirada desdeñosa a través de los impertinentes, salones y tertulias —en lugar privado y de verdad ameno y galante— añadieron la curiosidad del saber y el gusto por la palabra al intercambio festivo y goloso de los *banquetes*, a esa estrecha convivencia en la donosura del amor, con su sofoco y su secreto. No sé si recordar el silabeo atrevido y caprichoso —maravillosa explosión de vida— de la música de Mozart. Fuera de la empaquetada sabiduría de las instituciones, también el Siglo de las Luces se las tuvo con la vida. Y no fue con un saber dictado desde la solemnidad de los sillones; en la

mesa del banquete, en el baile, en la cómoda relajación de los divanes, se discutía y debatía, en amena conversación, con la juguetona intensidad del habla: silencio y gesto que animan y multiplican el presunto rigor de los significados, premeditadas alteraciones del orden sintáctico, para poner en entredicho su linealidad. Saboreo de la conversación, con la misma voluntad golosa que ponían en la comida, en la bebida, en el amor.

En su palacio de La Laguna, el marqués de Villanueva del Prado reunió a la gente curiosa de su tiempo, a los más inquietos espíritus de una Ilustración que en las Islas recibió el aliento constante de Europa, sin pasar por el fielato del casticismo peninsular que, con todo celo, se había aplicado al escrutinio de las nuevas ideas. En aquel palacio de Nava, fuera del rigor institucional, y más bien para contestarlo, se oyeron las voces de nuestros predicadores de tesis heresiarcas: atrevido y rebelde, y resistente hasta el fin, el septuagenario vizconde de Buen Paso; agudo, incisivo volteriano, aquel joven sacerdote nacido en Realejo Alto, ponía letra pública a aquella música privada de la tertulia, en diversos periódicos manuscritos. El joven don José de Viera y Clavijo, curioso lector de obras clandestinas, entradas de

contrabando, crítico atrevido de una parálisis cultural que impedía el progreso... Con otros, allí discuten estos, intercambian ideas, lecturas; también se reconocen ciudadanos y no escatiman el análisis minucioso de las causas políticas.

Pero aquel lugar ameno se doblaría en la amenidad y apartamiento mayores de la naturaleza y la vida galante de la finca de Daute. Aquellas correrías pasaron también ante la mirada escrutadora y el verbo acerado del arcediano, en su *Gaceta de Daute*. Un diario jocosos y al mismo tiempo crítico; el título, habilitado por una interesante doblez irónica: gaceta era, sin duda, una referencia al testimonio y la verdad de los hechos (nombre de diarios oficiales); pero yendo a su etimología (un diminutivo del italiano *gazza*, urraca), nos descubre también la intención de cotorreo o graznido que animaba el texto, y que el título no elude: la voz de Viera y Clavijo, un acento particular que presta a la palabra para enriquecer sus sentidos, en vez de ajustarla —dócil— a los significados; y más, una voz que se oye deformada, con voluntad irónica y hasta humorística. ¡Cuánto alejó de todo eso a don José su vida en la Corte, sus pretensiones de medro, su domada visión de cuanto allí vio, a la sombra

y tutela del marqués de Santa Cruz! Como arcediano regresaría; y consumió sus últimos años en resignada nostalgia, en la casa familiar de la plaza de Santa Ana de Las Palmas.

Hay luego Gabinetes y Ateneos, y revistas y periódicos, y Universidad y Academia, en donde se manifiesta la agitación de un siglo convulso; pero casi toda esa actividad consumida por el entusiasmo, ardida en el mismo momento de incendiarse. Reivindicación patriótica que desfiguró los mismos perfiles identitarios que decía rescatar. Quizá la palabra, en tanto que manifestación del habla y del compromiso individual, cedió su lugar al discurso y su pompa soliviantadora que acabó barriendo la viva, inquieta búsqueda de la verdad. Palabras que desembocaron en palabrería, y que aún —en gran medida— lo son; pues, en nuestros días, herederos de ese siglo XIX febril, sigue asaltándonos la duda “de que acaso las posibilidades expresivas estén poniendo límites a lo expresable; que el verbo condicione su contenido, que la palabra esté empobreciendo su propio sentido”, precisamente porque, desde entonces, se han secuestrado sus significados. Y no parece oportuno —ni fuera de lugar— que en La Laguna se haya querido revivir

ahora —según me dicen— el espíritu de aquella tertulia ilustrada. En estos inicios del nuevo siglo, a la palabra se le ha impuesto la función de refrendar tan sólo lo *políticamente correcto*; y quienes así lo hacen son aquellos que se dicen sus más conspicuos defensores. Porque eso es lo que cunde en este juego de intereses de la sociedad, de la administración el Estado (¿cómo decir política, cuando vaya usted a saber a dónde han ido a parar las ideas?) y de la cultura.

Si la Academia volviera, les aseguro que yo sería su escudero. ¡Qué buen lugar era! Y quizá deba volver, pero en tanto sitio ameno y en las afueras; y de manera particular como espacio de debate y de diálogo y de conversación; para que la palabra se salve, y el individuo —con ella— se zafe de una cultura y de un pensamiento gregarios que se le imponen hoy. Si el hombre fuera de nuevo la medida de todas las cosas, por encima de tanta ciencia desmesurada y tanta sofocante tecnología (que sólo sirven al poder); si el humanismo se reconociera, por fin, como el único verdadero método para explorar la vida, con su razón y su sinrazón, en vez de consumirla en una estéril carrera por el éxito, otra sería la

faz de nuestro tiempo. Y yo —se los aseguro— sería su escudero. Muy pocas certezas nos van quedando, es verdad; pero yo me aferro a una de esas pocas: sólo ese espíritu es el que dará verdadera vida al trabajo de quienes forman parte —en estos plazos de la historia— de una institución académica como ésta, nacida además con la oportunidad de establecerse en radical libertad; y no tiene por qué acobardarse ante ese qué dirán de patio de vecinos que son los torpes modos de un nacionalismo equivocado.

¿Que parece ingenua mi propuesta? Tal vez. Pero si estoy aquí, ante ustedes, aceptando la gran generosidad que han mostrado al acogerme (además de la paciencia con que me han escuchado, y que también agradezco); si estoy aquí es porque deseo fervientemente que esta Academia Canaria de la Lengua mantenga tal espíritu, que sería su diferencia; si estoy aquí, además, es porque creo —como aquellos viejos socráticos— en el poder de la palabra; en que una lengua sólo son sus modalidades, sus modulaciones; que una lengua es el motor de ese organismo vivo del cual todos participamos, en el cual todos su hablantes (digo todos) coincidimos, porque nos reconocemos en lo

que son diversas representaciones de una memoria común. Y más aun, porque para mí —les confieso— una lengua no se encierra en la conservada armonía normativa de código alguno; es una respiración permanentemente contaminada de otras muchas, mestiza y plural, inapresable: un espacio de verdadera comunión antes que un mero instrumento de comunicación. Y cuanto mejor conocemos aquellas otras modalidades, cuanto más reconocemos esta mescolanza, más claro se nos hará que estamos mucho más cerca de lo que creemos los unos de los otros; y nos sorprenderá agradablemente tal pluralidad. Sí, mucho más cerca de lo que creemos; y más aun de lo que burocratas y políticos se empeñan en hacernos creer.

Si estoy aquí, en fin, es porque ustedes han tenido a bien concederme, junto a esta satisfacción que supone estar junto a personas a las que aprecio intelectualmente y a las que me unen afectos personales y aventuras literarias compartidas; han tenido a bien concederme —decía— un lugar para hablar, para hacer uso de mi palabra y acercarla a todos en diálogo. Por esta generosidad, y por la responsabilidad que adquiero, a todos, Académicos, amigos, muchas gracias.

